

Homilía de XI Domingo del tiempo
ordinario

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“El Reino de Dios se parece a...”

Introducción

Después de un largo paréntesis que ha incluido el tiempo de Cuaresma, el Triduo Pascual, la Cincuentena Pascual y las Solemnidades de la Santísima Trinidad y el Cuerpo y la Sangre de Cristo, retomamos el tiempo ordinario en su semana decimoprimer. Y es “ordinario” no por lo “vulgar”, sino porque no conmemora ningún aspecto en concreto de la vida del Señor. Pero es también “extraordinario” por su riqueza y variedad.

En este domingo la Palabra nos llevará al ambiente agrario: la semilla, la cosecha, el fruto... La enseñanza del Maestro en parábolas trata de explicarnos cómo la semilla del Reino, que lleva en sí toda la potencia germinadora, es en principio, algo insignificante.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Ezequiel 17, 22-24

Esto dice el Señor Dios: «También yo había escogido una rama de la cima del alto cedro y la había plantado; de las más altas y jóvenes ramas arrancaré una tierna y la plantaré en la cumbre de un monte elevado; la plantaré en una montaña alta de Israel, echará brotes y dará fruto. Se hará un cedro magnífico. Aves de todas clases anidarán en él, anidarán al abrigo de sus ramas. Y reconocerán todos los árboles del campo que yo soy el Señor, que humillo al árbol elevado y exalto al humilde, hago secarse el árbol verde y florecer el árbol seco. Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré».

Salmo

Sal 91, 2-3, 13-14, 15-16 R/ Es bueno dar gracias al Señor

Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre, oh Altísimo, proclamar por la mañana tu misericordia y de noche tu fidelidad. R El justo crecerá como una palmera, se alzará como un cedro del Líbano; plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios. R En la vejez seguirá dando fruto y estará

lozano y frondoso, para proclamar que el Señor es justo, mi Roca, n quien no existe la maldad. R.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 5, 6-10

Hermanos: Siempre llenos de buen ánimo y sabiendo que, mientras habitamos en el cuerpo, estamos desterrados lejos del Señor, caminamos en fe y no en visión. Pero estamos de buen ánimo y preferimos ser desterrados del cuerpo y vivir junto al Señor. Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarlo. Porque todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Cristo para recibir cada cual por lo que haya hecho mientras tenía este cuerpo, sea el bien o el mal.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 4, 26-34

En aquel tiempo, Jesús decía al gentío: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega». Dijo también: «¿Con qué compararemos el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después de sembrada crece, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar a su sombra». Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos les explicaba todo en privado.

Comentario bíblico

I.^a Lectura (Ezequiel 17,22-24): *Algo nuevo surge de lo viejo, por obra de Dios*

El texto de Ezequiel debemos situarlo como una promesa de restauración después de la catástrofe. Todo el c. 17 tiene esa dimensión y se explica ante la calamidad del destierro de Babilonia que tiene sus etapas. Ezequiel, con este enigma del "águila y el cedro" va a plantar cara a ciertas expectativas de algunos que pensaban que la salvación podría venir de Egipto al que algunos miraban, bien en el destierro, bien en la misma tierra de Judá que todavía no habían sido desterrados hasta la caída de Sedecías. Estamos en el año 588 a. C. y la parábola del "cogollo del cedro" viene a responder, a su manera, a los que no han entendido la verdadera historia de lo que ha pasado.

Y esa historia de ruina solamente la puede arreglar Dios, contando con un pueblo que se fíe de su palabra manifestada por los profetas verdaderos. Dios es capaz de lo viejo, de lo antiguo, sacar algo nuevo y entonces lo viejo dejará su arrogancia, como el cedro altísimo. De un cogollo insignificante nacerá un cedro nuevo, en lo más alto de la montaña que no puede ser más Sión, Jerusalén. Esta teología de lo viejo y lo nuevo tiene sus resonancias, ya que de esa manera siempre se mantiene la promesa y la fidelidad de Dios.

II.^a Lectura (II. Corintios 5,6-10): *Lo mortal será revestido de vida*

Las reflexiones escatológicas de Pablo frente a su ministerio siguen siendo las claves de este texto de 2Cor. Se habla del encuentro con el Señor "post mortem", en el mismo momento de la muerte. Es verdad que la antropología subyacente a este conjunto de 2Cor 4,7-5,10 se nos escapa un poco entre las manos. Expresiones como el "hombre interior" sugieren un lenguaje propio de la filosofía griega, pero también hay diferencias notables, en cuanto no se está hablando en este caso con un lenguaje dualista de alma y cuerpo.

Por eso mismo debemos interpretar el misterio de la "interioridad" en una relación de interconexión con los conceptos soma y ánthrōpos, que son claves en toda esta perícopa. El sóma es la persona en su integridad. En toda esta trama de conceptos antropológicos y apocalípticos, lo más decisivo es la expresión de 2Cor 5,4: "para que así esto mortal sea consumido (katapothē) por la vida". El sentido del verbo katapínō, en aoristo pasivo, debe tener la fuerza de la acción de Dios. Como muchas veces ocurre en el NT por el aoristo pasivo, y más cuando se trata de los temas escatológicos, no debemos olvidar que es Dios el sujeto de esa acción. De hecho, no nos seduce la traducción que escoge el sentido de "tramar" o "devorar", porque no es la vida lo que engulle lo mortal; es la vida en cuanto acción de Dios sobre toda muerte y sobre todo los hombres que pasan por la muerte. Esto se confirma muy bien por el v. 5, que pone a Dios como garante de ello, dándonos las "arras" del Espíritu. La vida está sembrada en nuestro cuerpo mortal, en nuestra mismidad. No vamos a la nada, porque Dios nos garantiza, pues, que hemos sido creados, hemos nacido, para la vida y no para la muerte.

La garantía para el cristiano es, sin duda, el Espíritu, que es un adelanto de todo lo que nos espera en la nueva vida, en la vida escatológica. Es verdad que aquí no se habla de resurrección, que es un concepto más apocalíptico y que está mucho más presente en 1 Cor 15. Digamos, mejor, que se contempla el paso de la muerte a la vida como una "transformación" personal, no al final de los tiempos, ni en el momento de la Parusía como se da a entender en I Tes 4,15 1 Cor 15,51. ¿Por qué? Porque eso va desapareciendo poco a poco del horizonte de los textos paulinos. Ello significa que en Pablo se produce una evolución personal en este tema escatológico. No obstante, mientras todo eso llega, vivimos de la fe, exiliados del Señor. Quiere decir de la vida total y especial que tiene ahora el Señor, Cristo. Se usa la expresión de ir a "habitar junto al Señor (v. 8), es decir, nos revestiremos, poseeremos la vida que ahora tiene el Señor, porque la identificación entre Cristo y la vida lo podemos ver en 2Cor 4,1 1. Pablo se está expresando, sin duda, en una mística cristológica de tonos proféticos. ¡No hay miedo a la muerte! Después de las expresiones que había inventado sobre el particular, en 1 Cor 15,55, sobre la victoria de la muerte, esta mística cristológica es un cántico a la victoria de la vida en Cristo.

Evangelio (Marcos 4,26-34): El Reino como un grano que crece en esperanza

Las parábolas de Jesús son toda una excusa para hablar del misterioso crecimiento del reino que anuncia. Es verdad que había anunciado con una seguridad inquebrantable que "ya está aquí" o que "en medio de vosotros". Mc 1, 14-15 lo pone como frontispicio de todo y como programa, a la vez que exige conversión y confianza en ese anuncio. Pero podían preguntarle, como de hecho sucedió ¿dónde está ese Reino? De allí que las dos parábolas del crecimiento, mediante los símbolos de un grano (aunque un grano es pequeño, no se resalta este punto) y una semilla de mostaza (que es como una cabeza de alfiler) vengan a decirnos algo significativo de sus comienzos, de sus logros y de su consumación. Se da una cierta disimilitud y contraste en el final de las dos comparaciones: la del grano en lo que se refiere a lo que, a causa del crecimiento y la consumación final, no tendrá sentido (se desechará) y la de la mostaza nos habla del Final en términos más positivos, porque se hará grande y vendrá a ser "hogar" y protección de multitudes de pájaros.

El reino está ya aquí, pero solo como una semilla que es confiadamente un final grandioso o apropiado. No son parábolas o comparaciones deslumbrantes, pero están llenas de sentido. Debemos aceptar la misma naturalidad de este mensaje en cuando es algo que ya está sembrando, que está creciendo y por eso tiene misterio. Como tiene misterio la comparación de la levadura (cf Mt 13,33; Lc 13,29-31) que poco a poco impregna la masa. Eso quiere decir que está "germinando" y por eso se alumbrará un mundo nuevo, tanto en el caso de acabar algo que no tiene sentido en la historia (y por eso de meterá la hoz) o en el caso de que se construya un "hábitat" donde vengan todas las aves a protegerse. Incluso deberíamos entender que se trata de toda clase de aves y por lo mismo que se estaría apuntando a los paganos. Son los dos aspectos del Reino y de su transformación de la historia: algo quedará caduco, pero lo más importante es la imagen de los pájaros que anidan.

Es ese final bueno y liberador el que debemos proponer como mensaje de las parábolas de hoy. Es verdad que se nos habla de "meter la hoz", pero es lógico que esta historia humana debe dejar aquí todo aquello

que no tiene sentido, que es opuesto al proyecto y a la plenitud del Reino de Dios. Pero en la parábola de la mostaza, que comienza con el sentido de la "nimiedad" de lo insignificante y de lo mínimo, todo se transforma hasta ofrecernos la imagen de un árbol cósmico donde todos puedan encontrar no solamente el hábitat humano, sino la verdadera felicidad del Reino. Así, pues, quiere decirnos Jesús, son las cosas de Dios. Esta es la propuesta de esperanza que forma parte de la entraña del Reino, por insignificante que parezca. En estas metáforas, pues, proponía Jesús un mensaje que llenaba los corazones de los sencillos.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Yo, el Señor, lo he dicho y lo haré

Es el profeta Ezequiel, que se dirige al pueblo de Israel cautivo en Babilonia por sus muchas infidelidades, el que nos llama hoy a nosotros a la conversión (tarea de toda la vida). Y nos advierte: Poned en Dios todas vuestras esperanzas e ilusiones, porque "Él ensalza los árboles humildes". Bajo la alegoría de los árboles, el profeta describe el poder de Dios para sacar vida de donde no la hay. Sólo el Señor puede "hacer florecer los árboles secos". Sólo el Espíritu de Dios da vida y eficacia a los esfuerzos humanos.

En el Magníficat, cántico de la Virgen María, encontramos también este orden de valores divino que tanto dista del nuestro: "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes".

He aquí un canto de esperanza para el pueblo abatido, que llegará a su plenitud con la auténtica "rama tierna", Jesús, el Mesías esperado, descendiente de David. Él será "plantado" (crucificado) en la cima de un monte, en la mayor humillación, pero exaltado precisamente por su anonadamiento, por su obediencia hasta la muerte. Y "cuando yo sea elevado, atraeré a todos hacia mí".

Caminamos sin verlo, guiados por la fe

El apóstol Pablo se mueve con frecuencia en una disyuntiva: morir para estar con Cristo o vivir para anunciar a Cristo. En la perícopa de la carta a los Corintios que hoy leemos anima a continuar caminando en fe, con la confianza puesta en el Señor; sin verle, pero tratando de agradarle en todo. Así se adelanta la unión con Cristo, sin necesidad de pasar a la otra vida. Ciertamente que para llegar a la plenitud de esta unión habrá que esperar aún.

Así enseña a los Corintios -recordemos que Corinto era una de las ciudades más perversas del imperio romano- una nueva forma de vivir "en Cristo". El deseo de "vivir con el Señor" tiene unas consecuencias éticas, morales, ineludibles. Porque "todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo". El acceso a la fe debe moverles a un comportamiento tal que agrade al Señor, sabiendo que al final, todo quedará iluminado por el resplandor de su gloria.

El Reino de Dios se parece a...

Encontramos, en el Evangelio de hoy, dos sencillas parábolas de Jesús para enseñar "a la gente" cómo es el Reino de Dios. Acercar la grandeza del Reino de Dios a nuestro pequeño entender es la intención de la predicación del Señor. Y qué mejor que hacerlo con los elementos de la vida cotidiana de quienes le rodean. Lo que importa es captar el mensaje, la doctrina que encierran, lo cual a veces no es tarea fácil para nosotros, que vivimos dos mil años después y en una cultura y sociedad que dista bastante de la agrícola en la que vivió Jesús. Pero contamos con la ventaja de que la Palabra es siempre actual, independientemente de las circunstancias que la rodean en su literalidad.

La primera parábola habla de la semilla que crece por sí sola. El Reino de Dios tiene en sí una potencia creadora imparable y a la vez incomprensible. Crece, se desarrolla y extiende sin que el hombre lo perciba, ni pueda detenerlo o retrasarlo, y llega a un final espléndido: tallos, espiga y grano.

Es una parábola que nos invita a la paciencia, la serenidad y la confianza. En un mundo “inmediato”, tecnificado hasta el extremo, en el que todo es “on-line” e instantáneo, el Reino de Dios exige un ritmo callado, lento, casi inapreciable, que sólo puede estimarse en su total realidad cuando llega la siega. Tener prisa no hará que el tallo acelere su crecimiento, pero sí debemos poner los medios que lo favorezcan, colaborando así a que la semilla dé fruto abundante.

La segunda parábola nos habla de los inicios casi inapreciables del Reino. La semilla de mostaza, la más pequeña, se hace un árbol frondoso. Las apariencias engañan. Y de nuevo nos encontramos con la escala de Dios “equivocada”, muy opuesta a la nuestra. A veces creemos que en lo espectacular, grandioso y llamativo está el Reino, y nos equivocamos. La vida cotidiana, los hechos irrelevantes, la pequeñez del momento presente oculta una riqueza que nos pasa desapercibida, pero que contiene en sí la frondosidad de la Vida del Reino a nuestro alcance. Si desaprovechamos los pequeños actos cotidianos, dejaremos pasar la oportunidad de contribuir a la extensión del Reino a nuestro alrededor.

A sus discípulos se lo explicaba todo en privado

El deseo de Jesús de que sus discípulos entiendan bien sus enseñanzas, hace que les explique las parábolas “en privado”. Tiene una intimidad especial, una confianza, una cercanía hacia los discípulos hasta tal punto que el evangelista tiene interés en distinguirlos de la multitud que con frecuencia – especialmente en el Evangelio de S. Marcos- acompaña y rodea a Jesús.

En estos discípulos entramos también nosotros, que tratamos cada día hacer vida el Evangelio. Es imprescindible ponernos ante la Palabra en silencio, “en privado”, abriendo el corazón al Espíritu que inspiró esa misma Palabra, para que el mismo Señor nos la actualice.

La Palabra se convierte así en la “semilla” que cada día se siembra en nosotros gratuitamente. En la Lectio Divina nos situamos como pobres ante la Palabra y pedimos el pan que nos guíe hoy. Por eso no hay dos días iguales, porque el “pan” nunca es el mismo. La Palabra será, con el tiempo, nuestra diaria compañera de camino, que ilumina nuestra vida y dará fruto abundante.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicas
Palencia

Evangelio para niños

XI Domingo del tiempo ordinario - 17 de Junio de 2012



Parábola de la semilla

Marcos 4, 26-34

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo decía Jesús a las turbas: - El Reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche, y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa como. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega. Dijo también: -¿Con qué podemos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos? Con un grano de mostaza: al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que as demás hortalizas y echa ramas tan grandes, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas. Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Explicación

Jesús explicaba su doctrina con ejemplos para que lo entendiese la gente. Así les decía: El Reino de los cielos es como una semilla muy pequeña, que cuando germina y crece se hace una mata muy grande. Pues lo mismo pasa con la fe, si se cuida crece y crece y se hace grande.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo, Jesús se dirigió a la gente y los dijo:

JESÚS - El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra va produciendo la cosecha ella sola: primero los tallos, luego la espiga, después el grano. Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

NIÑO 1: Es verdad, yo eso lo hago con mi mamá en los tiestos de mi casa. Ponemos unas semillas, y al cabo de un tiempo crecen y sale le fruto.

NIÑO 2: Jesús ¿nos puedes explicar algo más lo que nos quieres decir y ponernos otro ejemplo?

JESÚS: Claro que sí... Os contaré otro ejemplo...

NARRADOR: Jesús se dirigió de nuevo a ellos y los dijo:

JESÚS: ¿Con qué podemos comparar el reino de Dios? ¿Qué parábola usaremos?

NIÑO 1: Cuéntenos algo que podamos entender todos.

JESÚS: ¿Sabéis cómo es un grano de mostaza?

NIÑO 2: Creo que sí, Jesús. Es una semilla muy pequeña que se emplea después para dar más sabor a la comida.

JESÚS: Muy bien. Ese grano de mostaza, al sembrarlo en la tierra es la semilla más pequeña, pero después brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.

NIÑO 1: ¿Nos quieres decir que el Reino de Dios ha de crecer y hacerse cada vez más grande, no?

NIÑO 2: Sí, y también que tenemos que estar atentos y dispuestos para saber qué quiere Dios de cada uno de nosotros y cómo comportarnos con los demás.

NARRADOR: Con muchas parábolas parecidas les exponía la palabra, acomodándose a su entender. Todo se lo exponía con parábolas, pero a sus discípulos se lo explicaba todo en privado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández